

«Barrabás» se publicó por primera vez en Suecia, en 1950. En el curso del mismo año, Lucien Maury la editó en París traducida al francés, en la Colección Escandinava de la Librería Stock. En 1951 se concede a Pear Lagerkvist el Premio Nobel de Literatura. Y en 1952 «EMECE» de Buenos Aires edita «Barrabás», para el público de habla hispana. Y fué tal el éxito obtenido, que de la misma se hicieron siete ediciones consecutivas, separadas por períodos de treinta días. Un ejemplar de la séptima edición está ahora abierto sobre mi mesa. Es una versión castellana de la traducción francesa, debida a la pluma de Martín Aldao. Existe una versión más reciente, de la que han hablado estos días los críticos literarios barceloneses, editada también en Buenos Aires, 1956.

La obra no es pues de reciente actualidad, pero sigue siendo evidentemente actual. Vemos en ella un bisturi hurgando en la condición humana, con el indefinible afán de establecer fronteras racionales entre el bien y el mal, entre el querer y el poder, entre aspiración y límite, entre cielo y tierra, lamentablemente en progresiva confusión desde que unos antiguos moldes se deshecharon por viejos. Pear Lagerkvist, como puro hombre de nuestro tiempo, desea evidencias. No se resigna a los interrogantes, desespera ante las confusiones, y, al no resolverlos, se envuelve en un ropaje de angustia, desdeñando calzarse sandalias de humildad. Sandalias hacia las que, no obstante, alarga su mano. Su angustia es angustia del corazón, amorosa. Dolor. Válida.

«Barrabás» es una breve e imaginaria biografía del malhechor que consiguió su indulto a cambio de la senten-

cia impuesta al Hijo del Hombre.

Empieza la obra en el momento que el salteador recobra su libertad. Antes de salir, puede ver a Jesús en el pretorio de palacio, y le ve envuelto en una claridad deslumbrante. «En EL había algo extraordinario, — nos dirá — jamás había encontrado un ser semejante.»

Y Barrabás, queriendo entender ese algo extraordinario, inicia su peregrinación en pos de Jesús. En pos del Nazareno, del Crucificado, del Hijo de Dios glorioso. Calla, escucha, mira, inquiere... Pero Barrabás no sabe o no puede comprender. Barrabás ya no está en la noche oscura que le rodeaba antes de conocerle, pero no llega para él la ansiada claridad del alba. Entre la noche vivida y el día de esperanza, Barrabás está solo. Ya no le reconocen sus viejos compañeros, y él, a su vez siente lejanos a los nuevos amigos que quisiera.

La soledad de Barrabás se hace patente. Como un monolito de piedra fría se yergue sobre las páginas del libro. Soledad dura castigada, sufrida, del hombre que entre impotencias, reclama sosiegos de comunión, de fe.

Visto así, podríamos decir que el libro no es más que la historia de una soledad. De una soledad entre cielo y tierra.

Todos los intentos de Barrabás para comprender la doctrina de Jesús, para llegar a El, se frustran miserablemente. No sabe o no puede. Quizás no sea digno, pero quiere. No obstante, comprende y está de acuerdo con los anatemas de Jesús contra el mundo y su maldad, la necesidad absoluta de un orden nuevo, la segunda venida del Hijo de Dios sobre una nube resplandeciente a la hora de la Justicia. Después, él también podría hablar de amor; antes no. Y espera y anhela ese momento, prueba única, para él, de la Omnipotencia del Señor, de su Bondad.

Ya viejo, esclavo en Roma, al resplandor de la ciudad incendiada por el capricho de un Cesar demente, Barrabás sufre el equívoco, el patético equívoco de creer que ha sonado la hora del triunfo del Salvador.

«Mirad: ¡ha llegado Su reino! Mirad: ¡ha llegado Su reino!»

«El, el ladrón, el réprobo, no le traicionaría. Ahorano»

Y sacando pavesas de los rescoldos multiplicaban las llamas, propagaba el incendio, sin miedo, sin temor. Su corazón era también una hoguera.

¡Ah, si hubiese podido morir entonces! No importa cómo; abrasado o en la cruz, él se habría sentido redimido, camino del cielo. Pero, poco después, en la cárcel del Capitolio, los cristianos le demuestran su error. De nuevo, Barrabás queda solo. No sabe analizar lo sucedido, ni encuentra la forma de rectificar interiormente su yerro. Se hunde definitivamente en su soledad. Soledad que no es noche, que no es día.

«Los llevaron para crucificarlos. Fueron encadenados de dos en dos; pero como no había número par, Barrabás que caminaba a la cola del cortejo, fué encadenado solo. El azar lo quiso así. Y se encontró solo al final de la larga hilera de cruces.»

Y solo agonizó, sin palabras de consuelo. «A Barrabás: nadie le hablaba.» Fué también el último de aquellos condenados en entregar su alma, diciendo lo que había aprendido en el Gólgota: «A tí encomiendo mi espíritu.»

Comprendidas o no, las palabras del Hijo del Hombre fueron siempre luminosa cicatriz en su corazón; pareja fiel de la que surcaba su rostro, oscura y honda, desde uno de los ojos hasta desaparecer entre su roja y enmarañada barba.

Entre las dos cicatrices, tensa Lagerkvist de una manera admirable una cuerda patética, jamás puente, quizás camino, sobre el valle tenebroso y desolado de Barrabás. Y gracias a ese quizás se disuelve, en parte, la terrible angustia creada por el problema que el escritor sueco glosa en esta breve, magistral e imaginaria biografía.

ficción
y
realidad

El ferroviario

Según el anuncio que precedió al estreno de esta película en el Cine Novedades, íbamos en cabeza, incluyendo Barcelona, en dicho estreno. Distinción que es de señalar y apreciar, todavía más ante un film italiano que como éste es de los que dejan huellas en el recuerdo.

De la vida laboriosa de un ejemplar ferroviario se derivan cuatro vidas más en su hogar cargadas de humanismo de ingenuidad infantil, de inquietudes morales y espirituales. Para el ferroviario era fácil cumplir con el deber social impuesto, conduciendo su tren cotidiano. Mas no lo era igual para poder conducir a toda su familia a buen término; el trayecto no era llano, sinó mas bien sinuoso y árduo. Pero de unos amargos desengaños cosechados, de una lamentable conducta surge al fin, la feliz comprensión y rectificación en los seres que acompañan la vida del desgraciado ferroviario.

Con esta página de la vida,

fueron inagotable para el séptimo arte, el cine italiano carga con la cámara, se traslada al hogar del ferroviario, irrumpe en sus aposentos hasta en los más íntimos, para recoger toda su vida. «Aquí he venido para filmar el mundo de Vds., con su permiso» parece decir la cámara a todos aquellos seres. «Sigán con sus ocupaciones».

Tal es la labor real de los artistas que integran el reparto de «El Ferroviario». Quizá, a veces, se traslucen unas reinvidencias escénicas que empañan el ritmo creciente que se disfruta en la primera mitad del film. Cortar a tiempo es de suma importancia. Pero el Ferroviario es de aquellas películas que en cualquier plebiscito popular irá a la cabeza de las elegidas.

A partir de la misma, el cine italiano cuenta con su Marcelino. El niño Edoardo Nevola es una revelación infantil de las que se pueden pregonar con orgullo.

C. Isern II.

L. d'Andraitx